

# La Fama de Marquéz

daniel bernardo grimberg

Image not found.

# Capítulo 1

La Fama de Marquéz (por Daniel Bernardo Grimberg)

## I

No pudo tolerar su rígida curiosidad en esa noche dentro de ese crispado sector del campo.

Su falta de razón le nubló los objetos hasta hacerlos desaparecer.

Todo le parecía sórdido y sus sentidos se complementaron al vacío.

Hizo una sesgada lectura de lo que no tenía significación, ya que no quería diferir más imaginando lo que hubiera debido hacer...

Aludió a los párrafos inaugurales de una de sus obras que habían sido malinterpretados.

José Márquez reunió la condición del que se avecina como asesino, pero al ingresar a su historia se observa que sólo detalló ocultas historias y copió panfletos de libertades perdidas que habían tomado un tono definitorio a pesar de que fueron sólo viles epígrafes.

Se trataba apenas de un hombre que se remitía a lo simbólico para hacer codificados combates dentro de sus historias magníficas.

José Raúl Márquez era un escritor que se correspondía acertadamente con el lenguaje hasta que el cielo se teñía con sus tradicionales colores celestes y bermejos.

(Por mucho tiempo había habido fiestas en los destellos semánticos que en redes se daban en sus textos).

Debatía sin bravuconadas, nominando específicamente cada cosa, airando lo sucio y sacándole el polvo.

Fundaba frases que algunas veces eran crípticas y otras muy esclarecedoras.

En ese día estaba dentro de la estancia de su amigo Felipe Capañoglo, la

"Harramas".

Primero se había metido en las espesuras de un pequeño bosque para sentir las grandes arremetidas de los vientos que tironeaban a esos horizontes alejados y frágiles.

Siguió una cronología precisa, porque había ido con el declarado propósito de descansar y de escribir algo con mérito.

Sin embargo, sensaciones de soledad lo conducían a lo irreversible.

Y se sostenía frente a la vasta naturaleza sacudiendo algunos escritos a los que atribuía un carácter primordial:

Una prolongación de su vida bastante creíble.

En ese horario sintió algo de frío.

Aún eran visibles el amarillo de las margaritas, otras flores de pétalos ovalados y el acostado verde del campo.

Vio todo desde una loma elevada, entendiendo que aquello sólo tenía la espesa apariencia de ser real.

Su presencia en ese sitio cubría una doble faz espeluznante.

Transitaba por ese escenario para declarar su aversión a la fama.

Muchos lo leyeron cuando fueron jóvenes y sacaban al mate de la mochila junto a bizcochitos para experimentar la furibunda ilusión de que nada se había agotado.

Que había esperanzas infinitas en sus voces juveniles junto a cielos estables y calendarios seguros.

Y un gran número de lectores se enorgullecía por estar en permanente comunión con él.

Hacían grandes viajes para verlo.

Y recibir alguna frase con goznes libertarios que sirviera como la explicación de algo que había lanzado a la publicidad con consideraciones casi místicas.

Márquez generó inquietudes y alguna sensible transformación en quienes se fatigaron frente a paredones de bibliotecas, felices y a veces insomnes.

Sus ficciones contribuyeron a crear identidades alejadas de la anquilosada tradición que ya no tenía objeto.

Gracias a él, muchos habían aprendido a abarcar al cosmos con sus pensamientos.

Y por eso lo invocaban cómo el Grande que entendía que, aunque la búsqueda fuera infructuosa no dejaba de ser un intento real.

Ya dentro de la casa, Márquez decretó que el silencio era una sintética maravilla.

Después pasó al lado de los de estantes en los que con pulcritud revisó los escritos que habían quedado libres del fuego, y por lo tanto plausibles de quedar sujetos a las miradas ajenas.

A esas narrativas les permitió una permanencia dócil como convenciones genéricas, posibilidades no exentas de ser leídas.

(Aunque no sirvieran para mantener al alto ideal de fidelidad que tenía con sus lectores).

Otros libros sí hacían que el Sentido Común no fuera estropeado fácilmente por idealismos, utopías y demás desplantes intelectuales, y revelaban poco a poco sus estupidas intenciones de escritor.

Estos forjarían alguna especulación intelectual y por consecuente le fomentaban una débil vanagloria.

Los reconocía por sus exigencias de estimular vertiginosas imaginaciones, y entablar un diálogo con todos los hombres que se detuvieran a leerlos y cuyos pasos se extenderían hacia tiempos desconocidos.

Así, cada lector recogía bastantes sabidurías para obtener al fin al Discurso, al Cetro de la palabra.

Muchos pusilánimes nunca comprendieron sus esfuerzos o los tomaron como algo bizarro, pero Márquez no los culpó:

Él mismo se convertirá en un cuento dentro de otros cuentos.

Los arroyos de sus palabras lo estrellarán al colosal y afortunado mar de la literatura.

Será uno que se hundirá en una marea voluntaria.

Ninguna ecuación aritmética sería capaz de explicar el fértil abandono que estaba dispuesto a hacer.

Márquez se negará a seguir siendo aquel observador racional que intentaba escribir poesía.

En elegantes salones y desalineados paseos por barrios oscuros, tanteó su vocación de escritor, sabio y maestro.

Pero ya desde esos instantes adivinaba su indiscutida voluntad de ubicarse al centro como lo hacía el Personaje.

José Márquez se sentía excluido de sus campos privados, sin más temas vitales que sacar a la luz, por lo que no se alternaría más con los otros...

Pero quedaría una relación infalible, la suma de todas sus versiones que serán objeto de máxima curiosidad.

Márquez se sentía muy presionado por las inspecciones que le hacían, y desarrollaba frecuentes sospechas de haber sido incomprendido.

(Por eso las arengas que les dedicaba en sus obras a los intelectuales impíos, pasaron a ser su único vínculo con la realidad).

Escribía parodias a las que con un distraído estilo les daba algún tipo de coherencia.

No quería que lo distrajeran más para hablar de esos libros, y estaba cansado de la dimensión de lo que el público entendía como "correcto".

La gente común estaba alterada por la influencia ensordecadora que recibía de los lenguajes propagandísticos.

En el campo de Capañoglo efectuó mamporros al aire con sus manos de uñas bien pulidas.

Luego se subió al techo de la casa con el propósito de redimirse de lo ingrato y lo que se festejaba pese a ser decadente.

Recapacitó: en verdad no estaba ahí para hacer literatura, sino para culpar a quienes lo criticaban desde diversos ángulos.

Tenía que dar ese paso.

(Aunque ese camino pareciera ilógico liberaría su conciencia de tantas

farsas amorales).

Alguna vez había sido rechazado y eso urdió una contaminación permanente en su espíritu.

Alzó la vista, el cielo era como el techo de tiznado azul de un palacio.

Giró su cabeza con la inútil pretensión de hacer lúdicas cuentas de los recientes astros que se presentaban sigilosos, como letras que no se acercaban por lo que se negaban a formar palabras.

Observaba a esos brillantes puntitos que representaban materialidades enormes.

El arte y los cielos nocturnos compartían una potencia extraordinaria.

Felipe Capañoglo había partido a Europa para comercializar productos agrícolas.

(Y generar explicaciones más elaboradas de su pobre existir).

Probablemente le surgiría un ejercicio lucrativo o un cliente efímero que de seguro adquiriría alguna constancia.

Ese era un hombre que contabilizaba lo que había en el mundo:

Al tiempo y lo que era extremadamente necesario.

Y no concebía que existieran cosas escindibles de las demás.

(Pese a que nunca dentro de su flujo intelectual desarrolló ese tipo de multitudinarias y profundas reflexiones).

Él le había dejado las llaves de la casa central de su estancia para que reencontrara al sosiego, que José le había asegurado que se le escurría de las manos como si fuera temblorosas arenas que no soportaban permanecer afuera de los grandes areneros.

Se determinó a ser el opuesto de quien había sido.

Crearía la potencia activa de su ser sintiendo como hostil a esa dimensión de verdes genuinos en la que no refrenaba su belicosidad.

No quería que tantas contingencias sufridas lo empaparan en la necesidad común, ni que hubiera más advertencias críticas.

Su objetivo mentado con pureza era salvar su ser de alguna forma.

Márquez había sido premiado muchas veces, pero no estaba embargado por las cálidas sensaciones que da el reconocimiento.

(Este no le construía sentido a su existencia, sino que lo tornaba en alguien más ficticio).

Era convocado constantemente por Universidades, Gobiernos y entes de la Cultura, y él, a lo último, sólo atinaba a decir que su trabajo había sido un pequeño aporte humanista.

Tenía propensión a recrear minuciosamente al mundo, aunque también (por desgracia) hacía predominar la verdad.

Por ejemplo, cuando recibió el premio Azorín de Literatura de manos del ingeniero Natalio Amun, lamentó que el jurado se hubiera equivocado tanto...

Cosa que fue celebrada como una broma por los concurrentes cuyas carcajadas se sucedieron en forma similar a ordenados acordes musicales.

(Era muy coherente que la confusión llevara a la gente a caer en lo humorístico, y él fuera tomado como un cómico lleno de excentricidades).

Muchas veces Márquez enlazó la ironía con sus más íntimos sentimientos... y la única ganancia que obtuvo fue que sus dichos fueran vistos como merodeos retóricos.

Por mucho tiempo persiguió esa organizada mescolanza que es la literatura.

Asignó ficticios (aunque confiables) datos a audiencias que se ramificaron en miles de voces aprobatorias que alimentaron su reputación.

Cientos de miles diariamente se lanzaban a atravesar sus páginas llenas de mágicas intuiciones.

Fue idealizado.

Pero nunca cedió ante el peso de esos prejuicios positivos.

Jamás aceptó ser el autor de una verdad revelada que permitiera a otros menospreciar los riesgos del continuo vivir.

De todas formas, en la estancia de Capañoglo únicamente se adheriría a

cosas intangibles.

¡Ya no soportaba al colosal vilipendio que la fama le había ocasionado!

Ésta era la hija perversa de la literatura que buscaba instalarlo en revoltosos lujos en lugar de dejarlo en la prudente sobriedad.

Estaba dispuesto a rebelarse.

A superar resistencias y agobios para dictaminar cual era el viaje y sus límites.

No aceptaría como enriquecedores los modelos de los otros.

Recordó sus solemnes invocaciones frente a multitudes sentadas en palcos.

A la prestancia del viejo profesor Oski al nombrarlo como sucesor de Gigantes.

(Aquello le había resultado más que demasiado molesto, banal).

Eran imágenes zigzagueantes, fachadas, fábulas cuyos orígenes se radicaban en la mediocridad.

Aunque se disfrazaran de intelectuales, los hombres seguían siendo lobos bien vestidos que se juntaban en manadas.

Y aullaban cuando veían algo misterioso conformarse en los firmamentos.

Márquez dejaría de ser aquel frecuentemente mencionado en falaces titulares llenos de elogios y gratitud, para escarbar en la trascendencia que a menudo ganaba su Personaje.

Este no se contentaba con estar de una manera alegórica en el mundo, sino que apelaba a concertaciones literales y alejadas de lo místico.

Quería salir al encuentro de lo real con la laureada aptitud de un valiente, y paralizar la historia con un glorioso final.

Inventaba sus señales a partir de las continuas emisiones de un idioma que por momentos se tornaba sublime.

En la estancia de Capañoglo, Márquez se topó con aquello que a diario amonestaba al individuo como ser los artefactos de labranza que reproducían la atiborrada lógica de la producción que a veces tenían alguna utilidad... pero ahora al revisarla con detenimiento se demostraba

insignificante.

Pronto se arrepintió por esos pensamientos:

Él mismo era uno que ganó mucha popularidad, pero había perdido la precisión lineal que tenía el hombre de campo.

Rememoró el excedente esfuerzo que hizo su personaje, Jacobo Buffano, para escapar del asedio inconveniente de la riqueza y así enlazarse con las miserias que eran mucho más naturales.

(Buffano solía recorrer las áreas que rodeaban al cementerio de la Recoleta, conjeturando que los dineros que heredó lo habían infectado).

Él no obtuvo gozo en ser parte de la decadencia innumerable, por lo que transfirió sonriente toda su plata al primer mendigo con que se cruzó al subir por unas escaleras mecánicas.

Esa fue su más original propuesta estética y una demoledora fantasía para los lectores que nunca hubieran podido por sí mismos, reducir el espanto y las perplejidades de la riqueza en un minuto de tanto alborozo.

A la acérrima verdad, Márquez la entendería de golpe.

(Aunque para eso destruiría las antiguas medidas que nadie rompía porque se tenía la ilusión que constituían la "realidad").

Y no se engancharía más con el lenguaje para mantener una insincera asociación con sus lectores.

Las palabras quedarán como moralejas y las formas explícitas de su pasado.

Cuando estuvo sobre el tejado se paró.

Tenía una maciza osamenta, una discreta y pegoteada barba, y su mirada aún retenía bastantes candideces.

Era un hombre en constante avance hacia el insuperable abismo.

Ahí arriba clamó que reducirá su racionalidad para llevar a buen puerto su insoslayable decisión.

Desdeñará a los torpes estereotipos y las crisis que no cesaban de aumentar.

Decretó que el olvido era el único regalo que la sabia naturaleza había

hecho a los hombres que ambicionaron algún tipo de privilegio.

A su alrededor los peones volvían a sus caseríos sin desenfundar sospechas de nada:

Contentos que el cielo cerrara sus puntas y contemplar cómo su grandeza se iba apagando.

Sus miradas confluían en esa vastedad igualitaria cuyo sentido estribaba en respetar a viejos órdenes.

Con los peones Márquez tenía algo en común:

También él procuraría abrir los duros postigos, hacerse duro en los ausentes espacios.

Contrarrestará a las próximas lluvias y tormentas encogiendo los hombros de una manera imperturbable.

José Márquez fue muy popular entre entusiasmados lectores que buscaron en sus escritos noticias inverosímiles que interrumpieran lo empírico y natural, y dieran lugar al asombro.

Seguían los cursos de las tintas que había volcado al lenguaje que subsistiría pese a su muerte.

Sus escritos eran pertrechos de falsedades que proponían claras hipótesis y cumplían en sí mismos a un devenir.

Para el crítico Alfredo Nariochatto, Márquez fue el escritor que inició conspicuas revueltas en el público.

(Cosa que hasta entonces nadie se había atrevido a declarar).

Había abierto el análisis de una realidad de la que aún nadie estaba consciente.

También puso en duda creencias que antes eran innegables.

Y machacó por la falsa dirección que tomaba el mundo, y la flaqueza de los que se retiraban de la lucha sin implicarse.

(Aquellos que se disociaron de sus palabras para conformarse a los mutables realismos).

Según Nariochatto, en su obra compendió con trazos maestros a esa

gente que tanto despreciaba.

Ellos sabían negociar muy bien y con mucho disimulo.

## II

En la magia que resultó de un atardecer asomó a su biblioteca con su mente fecunda, la mujer, la amiga.

A ella le dio el pomposo título de Condesa, pero en realidad se llamaba Graciela Di Proven.

Y era la celestial respuesta a su súplica.

De inmediato Graciela resaltó su predestinación literaria y a la vez acepto alguna que otra insinuación maliciosa de Márquez acerca de las altisonancias del escritor.

Jugó a hacer grandes diferencias.

Consideró mejor hacer redacciones más armoniosas y reducir las denuncias a nudos que no apelaran a muy osadas fantasías.

A partir de su presencia predominaron las luces y no hubo tantas suspicacias.

Ella simplificó las sucesivas lecturas.

Trabajó junto a él en una sala filtrada con rumores dentro de un encierro señorial.

Corroboró sus permisos.

Ambos alcanzaron una mística asimilable a la de una orden religiosa.

(Esto se fue extendiendo en ese espacio que no sólo fue el del habla, sino también el de los afectos).

Calculadamente Márquez le indicó donde sentarse:

Una vieja silla de madera con poco respaldo que ni siquiera tenía almohadón.

Su objetivo fue urdir en forma directa a un mundo literario.

(Para mantener válidas dotes creativas había que evitar al confort

excesivo).

El destino ejemplar que dio a sus palabras derivó de esas reuniones.

Entre ellos llevaron a cabo pulseadas pasionales, pero también una sincera amistad.

A esa relación sería arduo describir con una alegoría poderosa, pero se trató de un incipiente indicio de felicidad.

Hubo una circulación de ida y vuelta que probó a la mujer como una artista y excepcional acróbata emocional.

Poco a poco se convirtió en el principio regulador de Márquez.

La mujer conseguía atenuar al culto a la irrealidad de los libros que este profesaba.

Debido a Graciela, Márquez bullía con resoluciones, y sólo al final de la jornada echaba un vistazo a su apariencia personal y se ataba los cordones de sus zapatos.

Resultaba significativa que hubiera perdido de vista a su figura por tan largo período.

La Condesa lo inducía a efectuar esas reposiciones.

Le hacía sus pedidos con un especial estremecimiento en sus labios, y construía la lista inevitable de lo que Márquez estaba obligado a hacer.

Le imponía las suficientes claves como para forjarle un orden sanador.

Luego el hombre aceptaba su consejo de beber un café, serenarse y ensoñar algo con suma paciencia para revertir lo que entendía como calamitoso.

(En desvariados atardeceres algunas malvadas concepciones lingüísticas descendían como putrefactos e irreales fantasmas sobre su existencia).

Gracias a Graciela se salía de lo delirante y glorificaba lo continuo cómo lo único válido para redactar cualquier historia.

Y honraba al procedimiento de vivir como el más frondoso homenaje que se le podía hacer a la literatura.

Siendo su asistente, Graciela consentía risueña a sus extravagancias.

Y se ligaba al emprendimiento de sus grandes proezas creativas.

Sabía que los humores del hombre variaban de la cólera al amor más profundo, y que luego se disculpaba diciendo que lo primero se debió más que a malos entendidos, a culpables deserciones de su alma.

No hubo distracciones amorosas, aunque si varios consecutivos apremios y rechazos de la mujer en seguirle el juego.

Ella actuaba como una superficie de refracción que desviaba a los proyectos pasionales del escritor.

José Márquez la veía de esa otra forma, pero no permitió que la mera promesa de placer arruinara los benéficos impulsos literarios a los que lo introducía.

Había decidido dejar de lado su abrumante personalidad para no desperdiciar esa virtud especulativa.

(Nunca existió entre ambos tensiones o coacciones asimétricas).

Ella era alta, transmitía una dulce comprensión con sus sonrisas, y sus ojos devolvían los reflejos del cielo o dependiendo de la luz, se tornaban en duros trozos minerales.

Fue un apoyo para que él, como hombre de letras, se revelara a través de los vocablos, sin tener miedo de hablar y de pensar como si en verdad tuviera el don omnipotente de hacerlo.

Se convirtió en la conexión básica entre José Márquez y la realidad que este a menudo tergiversaba.

Porque su intromisión en una pujante ficción exigía que una allegada persona lo sostuviera dentro la irrealidad.

O que le arrojara unos flotadores para quitarlo de la lastimosa opresión de las mareas de tintas.

Los dos tuvieron el afán de cuidarse mutuamente, aunque el alejamiento siempre y de cualquier manera terminaría predominando:

El mundo siempre se compuso de seres aislados que buscaron desesperadamente relacionarse.

Y cualquier persona sabe que al final se quedaría sola cuando se hicieran inconmensurables las distancias.

José Márquez se enorgullecía porque su madre era de Asturias.

Ella había pasado su niñez y primera juventud en un escenario de guerra y como tal alejado de cualquier cordura.

Trajo a la Argentina músicas, sabores y tumultos de otras latitudes.

(Al evocarlas, Anxélica de Márquez miraba al cielo cómo si en éste estuvieran sus memorias).

Y muchas de las descripciones que Márquez hacía con gracia y naturalidad tenían relación con su origen.

Eso le contaba a Graciela sin demostrar que sobrellevaba algo catastrófico o que orientaba a su caminar por filosos peldaños.

(Hacía otras clases de interpretaciones que eran tendenciosas y antipáticas, pero sólo ocasionalmente);

Márquez entendía que su más importante meta al seguir viviendo, era recordar a su madre.

En la estancia de Capañoglo no se detuvo para llamar a Graciela Di Proven por teléfono.

Y después del ístmico escribir de una misiva que había calculado con mucha anticipación, supo que los gastados signos románticos de esa amistad estaban a punto de naufragar en forma definitiva.

Esa gran empresa la llevaría a cabo sin murmullos que le hicieran ceder nuevamente frente a la vaguedad.

Ese fue el tipo de dialéctica que eligió para animar su despedida.

O para no contradecirse más y salvar la imagen que creía que ella tenía de él.

Su vida no sería más dejada en manos del tiempo que siempre porfió en ser cruel al disponer que, con su paso, el destino refulgiera con luces menos potentes.

(Al tiempo sólo le importaba avanzar sin trastornarse por haber creado un bien o una atrocidad impredecible).

Y la crucial aspiración de la muerte siempre consistió en no dejar que alguien retuviera algo:

Sólo ofreció pérdidas y convertir al hombre en siervo de lo desconocido (si es que se le aplicaba una esotérica moral).

La muerte para Márquez era una obsesión como lo son las platinadas distancias para el que avanza en automóvil por la ruta, en la que se ve como el diminuto punto central dentro de un horizonte en movimiento.

Con ésta Márquez no negociará sus valores antes de quedar atrapado dentro de su eclosión.

Si retenía un fragmento de su pretendido valor, tenía que desnudarla sin titubeos ni estúpidas confesiones médicas.

José Márquez se sentía enseñoreado por la muerte mientras ésta se mantenía en suspenso.

Por lo que él decidiría cuándo y cómo suprimir todo lo anterior.

Se apropiaría de esa inefable propiedad.

En sus encuentros con la Condesa esa invocación era indeclinable.

Ella disentía con inexactitud y era el trasfondo que lo moderaba.

Le planteaba dilemas críticos, y sobre todo a donde irían a parar sus grandes creencias literarias.

Luego le devolvía detalles reales de ese tipo de situación que él había perdido de vista, e insistía qué ser feliz era llegar a la cumbre de cualquier búsqueda.

La mejor comprensión de la vida se obtenía al otear al horizonte, y presentir que ese enorme paisaje no sería nada si uno no estuviera ahí para contemplarlo como la auténtica maravilla que era.

Detrás de las retorcidas meditaciones de Márquez y las asunciones fascinantes o incómodas trepidaciones de la Condesa, se forjaron algunos excelentes escritos y varias licitudes literarias.

Fueron evaluaciones profundas del mundo.

Investigaciones profanas hechas con buen ánimo y dando intervención a tenues lógicas.

Las coincidencias entre Márquez y la mujer creaban ese sólido escenario de trabajo en donde la escritura era un juego de mordacidades, reflexiones serias y paródicas que daban nacimiento a una filosofía a

veces de cuño vulgar, pero siempre fecunda.

Sin embargo, no pasaba día en que el escritor no revisara las palmas de sus manos para encontrar en estas señales de su celebridad.

Y al no hallarlas, repetía que la única grandeza radicaba en el martirio producto de las superpuestas rebeldías que había entregado a sus mejores personajes.

Lo que aparecía con rapidez se disipaba de la misma manera.

Nunca nada se resistió al tiempo y la literatura no era una excepción.

A las referencias a la muerte las subrayaba con indeclinable vigor.

Esta era lo que impregnaba a la absurda vida con un mínimo de lo absoluto.

Aunque uno se disfrazara o se escondiera para desorientar su advenimiento maldito, su atingencia rondaba por lugares cercanos.

Y él no lidiaría más con la espesa desinformación que le creaba mientras multiplicaba sus tendencias azarasas.

En verdad estaba harto de su incomunicación trascendente.

Ya no albergaba más resistencias en su espíritu y eso significó la elaboración de una predestinación nefasta.

No haría más voluntariosas interpretaciones que impedirían poner su génesis en marcha.

José Márquez reveló a Graciela Di Proven que la dicotomía hombre-personaje venía planchada de lejos, y más que un explícito problema filosófico se trataba de una personalidad que pugnaba por controlar a la otra.

El uno y el otro se enfrentaban en juegos fatales dentro de su corazón, ansiando develar los misterios de la contraparte.

Esa amenazante competencia había dado aire y estabilidad a su literatura.

Cómo si él fuera una de sus creaciones artísticas, Márquez se infringía horribles escarnios y sostenía abundantes dudas acerca de su capacidad.

Sus lamentaciones extinguían su orgullo y lo llevaban a un paulatino pero

inexorable aislamiento.

Pleiteaba en su contra y a menudo juzgaba que había sido culpable de no haber aportado lo suficiente a las aspiraciones populares.

Así las metáforas antiguas desaparecían para ser reemplazadas por acusaciones siniestras.

En sus diálogos con la Condesa trató con despiadada convicción esos matices.

Revelando a veces que se sometería a una compensación moral por lo que había hecho o nunca haría.

### III

En la esmirriada llanura que se extendía al sur de la ciudad de Buenos Aires, ladeando la localidad de Hudson, Márquez empujó su tozudez, su tersura melancólica, para acabar con la más antigua contradicción.

Había aceptado sonriente que no se mantendrá en un torvo estoicismo, y su depresión era el paso previo y obligado al brusco castigo o a la tenue recompensa que se brindaría.

Tal vez él ya no existía, y eran los ecos del lenguaje lo que enlazaban sus pensamientos.

Los remotos signos que fueron su instrumento de trabajo aún lo acompañaban en esa transición.

Su genialidad y locura lo atenazaban a muchos miedos en la prolífera estancia de Felipe Capañoglo.

Pese a que ahí el mundo se detenía y no había necesidad de revisar diarios ni correos electrónicos.

No estaba forzado a analizar aquello que no veía ni a entender como la vida se había enmarañado con tanta virulencia.

Observó a los campos crespos envueltos por alambrados y a un hilo de agua que alguna vez fue un riacho.

Pensó en la Condesa y en el irreparable disturbio que habría de separarlos.

"La inveterada soledad fue la causa de trastornos tanto en gente de la nobleza como en los pobres campesinos", ironizó, suponiendo que así al

menos agregaba una secuencia risueña a su agonizar.

Pronto ese tenue humor se borró de su mandíbula.

Márquez sintió en su rostro al impacto pleno de la sudestada que entraba desde direcciones opuestas.

Sus montaraces pensamientos se sustanciaron aún más frente a esos vendavales que en verdad no cifraban nada.

Arriba, en el tejado, vio como un conjunto unitario a lo que le acechaba y sin un sentido específico lo embestía.

A la tarde había hablado con el capataz de la estancia que le planteó cuestiones atónitas, impurezas que hizo pasar como factibilidades:

La mujer del panadero del pueblo conocía a Márquez no porque lo hubiera leído, sino porque lo vio en una entrevista que salió por televisión.

(Esa fue una obscena máscara que escondía la peor incongruencia).

Había sido ofensivo que el capataz le diera con una glamorosa sonrisa esa complicada explicación.

Creyó haberle dado una instantánea revelación con esa lamentable paradoja.

Ahora estaba solo y repudió al capataz que le habló de la mujer del panadero cómo si fuera una vieja conocida, una figura familiar a la que debía colocar en algún lugar de su conciencia.

Y convertirla en el modelo de sus lectores en vez del signo trágico de su paso por esa estancia.

Eso fue un grave error del capataz que le hizo apreciar con más fuerza al vacío que se abría a sus pies al reconocer que la vulgaridad lo acosaba tanto si fijara sus ojos en el recóndito cielo, escuchara las estupideces de ese hombre, o se mirara con sorna o resignación en el espejo empotrado en la puerta del placar de su cuarto.

Aunque quisieran humillarlo nunca conseguirán corregir su dignidad.

La vulgaridad era conexas a la finitud que lo rodeaba, a la ausencia de diálogos esenciales y a la escurridiza paz que ya le era imposible preservar.

Márquez acusó a los gatos de deambular con rispidez por los tejados, y al poder malicioso de los arrogantes.

Y ahí no estaba Graciela Di Proven para atenuarlo o para instilar un poco de sobriedad en sus desfondadas bataholas.

Con ella consolidó su producción literaria, pero no lo acompañó en definir la vida en un sentido más amplio.

Sin embargo, había encarnado un prurito que había perdido, y no le hubiera dejado hacer lo que ella juzgaba imposible que hiciera.

(Hubiera exagerado una retórica de apotegmas grandiosos para que él considerara las cosas en la manera habitual).

Apabullado por lo que parecían neblinas perfectas, había bajado del tejado para sentarse en un banco de cemento con vista a aquello que giraba a su alrededor.

Ahí desaprobó su rol literario con mayor insistencia cuando salió la luna llena que tenía antifaz y se burlaba.

No estaba muy alta, y compartía con los demás al sobrentendido interés de reírse en su rostro.

Le pareció que le susurraba:

"Estás recontra jodido y ya no puedes escribir".

Ese satélite que también participaba del inacabable juego de la ironía motorizó su horrible humor para elaborar otro tipo de Suerte antes que el viento desparramara más hojas sobre el agrietado suelo, que se disociaban de los gentiles troncos que las habían sostenido antes de ser parte de la nada.

La noche ya le hablaba en el idioma que respondía a la total arbitrariedad de los sueños.

Alguna vez deseó ser veterinario, despejar su soledad en compañía de animales en los que descubría escrúpulos, celos y mínimas inteligencias.

Pero se dedicó a las Letras y se hizo famoso luego de pasar por una etapa inicial de estupor.

Debía a las palabras una gratitud sublime pese a que éstas lo hacían enfrentarse con su Personaje en contextos coercitivos.

Las palabras tampoco sirvieron como guías que lo rescataran de sus vergonzosas debilidades.

Como una vez señaló el periodista Román Darienzo, José Márquez lanzó tópicos y anuncios que erigían sofisticados problemas dentro de lo pasajero.

Pero eran capítulos de pertinencia experimental en los que al final se encontraría una solución más o menos verdadera.

Porque siempre las frutas eran prestamente enjuagadas, la justicia se distribuía sobre la faz del mundo con mayor firmeza, y se sucedían florecimientos milagrosos en terrenos yermos.

El mundo dejaba de ser un enigma mediante un uso inmoderado de los trucos propios de la literatura.

Márquez iluminaba idealmente a la realidad con metáforas y rendía culto al dios de la ironía, lo que le permitía despejar las dudas de las cosas transparentes.

José Márquez sonrió, pero no cupieron chispas de esperanza en esos corroídos paisajes que se desplomaban.

(Luego de mucho pensar, sólo las eléctricas luces cercanas se entronizaron en sus pupilas).

Durante breves minutos a la gran potencia de la finitud la había tomado como buena.

Por ser demasiado fiel a la verdad se había amargado mucho.

Algunos tortuosos datos habían hecho un sutil socavamiento de su espíritu:

Había tenido que participar de las viejas propiedades de lo monstruoso para configurar las páginas de un libro.

En esa cortedad entendió como romper todos los modelos.

Y rechazó hacer más disquisiciones frente a la abrupta convicción que de una vez y para siempre debía ser tragado vivo por el Personaje que, a diferencia de él, era alguien intuitivo y genial.

Este (que lo emanciparía de las inferiores turbulencias) había sido su mayor proyecto estético, el calco de lo que sería una vez que fueran

eliminadas sus ansiedades.

También se trató del triste argumento que moldeó en esa hora de idear o definir lo poco que le quedaba.

Por él entendió que ya no efectuaría reminiscencias inútiles ni se trazaría con nuevos artificios.

Ya no escucharía notables invocaciones ni se impondría estrechas palabras de benignidad palpitante para hermanarse en forma insincera con la vida.

Ya la estancia se forraba con las negras alteraciones de la noche cuando gritó que los lectores que le permanecían leales ahora leerán su vida como si fuera un cuento.

Graciela Di Proven lo había exaltado como acostumbraban a hacerlo los que cifraban en él esperanzas de un renombre internacional:

Que una obra surgida de sus manos se hiciera apabullante en el mundo entero.

Existía una espera canónica en la llegada de algo nuevo y monumental de su autoría.

(Que se convirtió en una presión agresiva que lo podría empujar a producir literaturas inadecuadas).

Cada una de sus simplezas cronológicas, capítulos métricos, frases sueltas o sostenidas, eran sometidas a fuertes escrutinios con la intención de hallar en estas la clave de una más ambiciosa obra.

Cualquier cosa que no se encaminara en esa dirección se constituiría en una estafa.

Estaba en él revitalizar la lengua, ganar el premio Nobel, y hacer una contribución indiscutible al pensamiento... sólo tenía que empeñarse en esas tentadoras ambiciones y afianzar más tiempos en la escritura.

Con actitud de autócrata la Condesa solía elogiar sus objetos literarios que contenían audaces planos narrativos-

Entendía que esos elementos habían sido bien cohesionados por el escritor que se hundía molesto en la silla, y sorpresivamente lanzaba la advertencia que con tantos elogios lo estaba humillando.

Márquez anhelaba pasar desapercibido.

Y no tambalearse más por los pasillos de la fama que lo colocaban en constante exhibición frente a todopoderosos e invisibles jurados.

Elucubraba su éxito como una gran inhibición que con rapidez transformaba sus deseos en deplorables angustias.

Una vez dijo que le era necesario ser humilde para manifestar a su Personaje bajo los justos tinglados de frases y oraciones.

Entre algunas risas y prolongadas nostalgias, José Márquez había sabido alternar sus costados ociosos con un proverbial malhumor, explorando con intensidad cada intersección de la vida que fuera inspiradora.

Durante un tiempo consideró que esa búsqueda estaba relacionada al placer, y que además era una gran tradición del hombre el escribir una historia para hacerla inquebrantable.

Tenía el don de fundamentar bien sus delirios con consternadas frases y poderosas opiniones.

Hablaba de cuestiones reconocibles sin ingenuidad y establecía jerarquías que se basaban en lo vernáculo.

Hizo vastos trazos amables con su pluma que también dibujó al minucioso apocalipsis.

(Que no tenía un punto de origen en un lugar físico, pero existía en la cruda conciencia de todo hombre).

Al final su obra lo condujo a la negación de su corporeidad.

La totalidad de su trabajo, el sueño o lo que quedó de éste, estuvieron sometidos a la intransigencia del Personaje que, con artificios y operaciones poco juiciosas, profundizó una doctrina de permanente extrañamiento consigo mismo.

Ejerció una infatigable negación a su Persona.

El Personaje sacudía con rigidez su vida privada.

Se le presentaba como un Ser puro cuya confirmación él hacía a diario a través de las expresiones místicas de sus escritos.

También estaba en esa estancia, enigmático y con el fatal anhelo de fundirse con él.

El Personaje era metafísico y trascendente a diferencia de los pájaros que

desplegaban sus vuelos en intermedias alturas.

Márquez había escrito parodias, y en varios de sus textos se encontraron fracciones eruditas.

Había hecho coexistir a Platón con Aristóteles constatándolos en identificables individuos que desconocieron con quienes los había asociado.

En esas reencarnaciones los dos seguían siendo hombres germinales e incisivos que repetían sus paradojas a lo largo de la presente y revuelta época.

Su ambición de escritor fue simple:

Cumplir con los usuales tramos como si pelara cáscaras de cebolla.

Envolver a los mundos con sus ojos negros y su concisa respiración.

Y masticar bien las palabras que establecían solapadas comunicaciones entre cielos y abismos.

A sus historias las estructuraba dentro de vívidos pasados con términos que auguraban escándalos para el buen pensar.

(Esto, a partir de la natural adherencia a símbolos de muy antiguo cuño).

Márquez representaba aquello que la realidad no solía abarcar, produciendo escenas falsas, pero sin ambigüedades.

Y siempre se alzó torvo y feroz cuando proclamó la certeza de la muerte.

En "Rendición de Cuentas"\* habló de un aturdido joven que caminaba por las calles de Buenos Aires mientras pasaba por un proceso de disolución moral.

Afectado por desventuras amorosas y una mística llena de vertiginosas aniquilaciones intentó consolidar su probidad íntima.

Márquez había entregado sus propios desconciertos a ese personaje a partir de un sensato desenvolvimiento narrativo.

De acuerdo a la prístina dirección de su conciencia y sus preocupaciones cívicas, lo dirigió a un proyecto de índole superior.

Lo relacionó con la ópera brutal de la política y el laxo pesimismo con que

llenaba su propia mente.

Y no lo sanó de las heridas producidas por el poderoso ideal.

Graciela Di Proven había considerado lo inhumano de ese joven.

Este se movía a base de rencores y dramáticos recuerdos. Y a fin de cuentas tenía la intención de inmolarsse.

(O de adquirir la función de un mártir a partir de sus limitaciones).

"El querer ser adulto del niño, es también el deseo de someterse a la muerte como sello de legitimación de ese crecimiento".

Dijo Márquez, que además anuló la interpretación de la Condesa al discernir acabadamente que el protagonista de ese relato entendió lo intangible en oposición a los desvariados modales de la sociedad.

El creer en algo consistía en vaciar de contenido a las anteriores creencias.

O, dicho de otra forma:

Poner firmes objeciones a la vieja identidad.

Había que liberarse con fuerza de lo anticuado para no chocar dramáticamente con lo real.

Ya que nunca hubo un número infinito de fines, sino uno solo que era el único que se superponía con el avasallador tiempo.

\*Nota del editor: Esa obra fue reescrita literalmente por Daniel Bernardo Grimberg que la tituló:

"Los Pasos que llevan al Infierno".

(Este escritor determinó en forma definitiva al valor y sentido de ese personaje).

#### IV

Esa noche en la estancia Harramas, Márquez se encerró en la principal habitación, y frente a la computadora encendida (simbólicamente el mundo entero) redactó un testamento para dispensar al público lo único real que subsistiría de él:

Sus ficciones.

Estas estaban dispersas en multiplicados anaqueles, y construían al modelo de su Personaje a quien estableció como la medida universal de su vida.

A partir de ahí no se sucederían confusiones entre las conjuras que soportó y las que había narrado.

Su participación en el lenguaje no sería más el emblema de lo civilizado que había en él, sino la gran fascinación de lo que fue su vida.

Ya no entregaría más frases ni recibiría algo a cambio ...

Por lo que tomando con torpeza una escopeta luego de arremangarse como para hacer las tareas de campo, se mató.

Ese fue el más agudo e implacable cambio estético que había hecho:

Su condición de Persona pasó a la indeterminación, a ser un plañidero recuerdo.

Ya no habría choques, uniones o torceduras con los otros, que pudieran leerse en un capítulo posterior.

A la irrealdad que llegó tras esa consumación fáctica, antes la inventarió con lujuria:

Anotó cada uno de sus giros asesinos con la colorida franqueza de un ilustrador.

Y no se trató de la elaboración de un plan, sino de una ejecución acabada.

Aquello tomó las variantes propias de una actuación teatral.

Y esa última escritura se correspondió con las instrucciones dadas por el Personaje que, al permearse en esa estancia como una fuerza invisible, lo colmó con la integridad de su impaciencia.

Márquez registró cada torpe ademán (qué luego llevó a cabo con oscura fidelidad), e imaginó reacciones de gente que en algún momento lo había apoyado, para después darle la espalda.

Ahora ya no lidiarían con él, sino con la ensangrentada reforma que había hecho en uno de sus textos.

No obró de un modo diferente al de un hombre muy organizado.

Sí, lo hizo con mucho apresuramiento pese a que después del tiempo no le acarrearía ningún reproche.

A todo lo compiló en ajustados párrafos que invitaron a emanar condescendientes suspiros.

Y hablar de él como un semidiós que se adentró en regiones tan temibles como prohibidas.

A partir de ahí, el lector se relacionaría exclusivamente con su Personaje que era pensamiento puro y descontrolada energía.

Y había superado las imperfectas directrices de un origen que ya no persistió.

Su muerte atrajo titulares.

La sorpresa y la animosidad convivieron en los lectores curiosos.

(Estos por unos segundos detuvieron sus marchas: había ocurrido una gran pérdida que restaba un poco la vigencia de los momentáneos actos).

Aquello planteó otra vez al gran problema de la lógica:

La contradicción.

La enorme insatisfacción de saber que no había más remedio.

Y ningún esfuerzo que se hiciera redimiría al gran escritor de su fatal dispersión.

Se sucedieron ardientes expresiones de quienes se consideraron aterrados testigos de esa noble blasfemia.

Al añorar sus excéntricas palabras, se preguntaron por qué surgió ese nuevo mal sobre la tierra en la que a menudo se apretujaban, y en la que comían, rezaban y amaban sin entender cuál era la definitiva finalidad.

Hicieron un riguroso examen de sus almas frente a la magistral herencia recibida de Márquez.

Se escribieron muchas líneas, exordios que básicamente se encuadraron dentro de esos días de luto y eran infalibles denuncias que acataban al paso del tiempo.

Se respiraba una tensa benignidad en los aires, y de inmediato se le asignó a Márquez un lugar especial en el panteón de las personalidades de las artes.

Pasó a ser una tonalidad de la lengua pese a que no se hallaría más su manera de ser, hablar o moverse.

Una persona llegada de Londres lo elogió, dándole caracteres heroicos y pidiendo que se lo recuerde como un guerrero cívico que luchó contra la corrupción.

Alguien que colaboró para renovar el espíritu de los hombres libres al proponer soluciones altivas y apostatas.

En Buenos Aires no hubo uno solo que no lo mencionara al menos de pasada, y no estableciera sin haraganería su honradez.

Algunos hicieron sigilosas denuncias a su Dios de acuerdo a sus creencias en lo Irremisible.

Formularon voluntariosas oraciones relativas a los graves ensayos del hombre y al costo que siempre pagaba.

Se preguntaron cuál era la causa del espantoso desorden que los regía, y si esa época había llegado al máximo grado de degradación.

(Siempre se hicieron esos artificios retóricos a lo largo de la historia, por lo que no se trataron de originales opiniones).

Entre aquellos, no pocos miraron esa muerte por encima, como si ejercieran el superior oficio de inquisidores con derecho a utilizar la figura de Márquez como un ejemplo negativo antes de endiosarla con inocencia.

Observaron con degenerada placidez que los suicidas fueron hombres que se alejaron de Dios y sus sagrados principios.

De manera banal se esforzaron en emparentar la religión con lo indemostrable.

Otra gente (más generosa) no quiso enmarañarse con un dilema moral, ya que entendía que cualquier explicación llevaba intrínseca su ineficacia.

(Con simpleza aceptaron que no se podía hacer más que un extenso elogio a un hombre muerto).

En todo el país no hubo quien por un lapso no reflexionara, desatando un

violento ritmo en su corazón.

Y desplegara en su voz lamentaciones acerca de la aspereza de la muerte de acuerdo a la tendencia universal a asumirla como una deserción.

Graciela Di Proven esbozó lo que sabía:

Lo había visto muy deprimido.

El hombre de la Cultura finalmente había caído sin obtener nuevos milagros de ésta.

José Márquez sobrepasó un límite que ella no había reconocido con celeridad, y no retomó su nexa con lo cotidiano.

A ese violento ataque contra sí mismo él lo justificó diciendo que siempre tuvo propulsiones realistas, en un mensaje coloquial que resultó agotador.

Se volcó a su coetáneo Personaje con cuidado en aclarar cómo eran sus aspectos.

Con atterronadas palabras hizo un gran esfuerzo para enmarcar en el Otro sus sentimientos, que dejaron de ser indicios de algún fin para convertirse en datos confirmatorios.

Forcejó con la razón tradicional al sostener que el abismo se encontraba más cerca de lo temido, y el falseamiento a todo lo abarcaba.

Márquez dio caracteres verosímiles a sus susceptibles ánimos, y obró en consecuencia.

A sus experiencias de vida las desarticuló con la muerte.

Aprovechando su vulnerabilidad, el Personaje le echó encima el manto de la destrucción.

La muerte que sólo había sido una sugerencia formal, consiguió que José Márquez cesara de ser parte de lo que fue una salvaje dicotomía.

Al ser nuevamente interrogada, Graciela no tuvo una respuesta que justificara ese acto violento, y conjeturó qué únicamente se lo entenderá cuando el tiempo volviera a la gente más contemplativa.

Éste crearía diferentes impresiones que ante nuevas eventualidades se ramificarán en el olvido.

Con el progreso de los cambios físicos del mundo, se observará esos acontecimientos desde una proyección más avanzada.

Por entonces se aliviarían mucho las penas ya que serían quitados los pesos que oprimieron a la memoria.

La mujer no se arrogó un papel precautorio ni quiso con la mente desandar esa relación, pero nunca supo si en verdad amó a José Márquez o si lo aborrecía.

(Esa reflexión imprimió en su rostro un infame desconcierto).

A lo sumo aseguró que fue su gran suerte haberse encerrado con él para ayudarlo a crear nuevas obras... aunque esa feliz perspectiva ya había sido quebrada.

La noticia de la muerte de Márquez dio vueltas al mundo, e hizo que sus compatriotas se sintieran muy orgullosos de haber tenido a alguien que fortaleció la débil identidad nacional.

Esa engrandecida admiración se patentizará en una serie de monumentos que llevarán su nombre y que sin dudas serán construidos.

Para Graciela Di Proven fue un extraño espectáculo ver cómo a partir de su muerte, la gente demostró una gran fidelidad al Personaje.

Con excelsa insensibilidad le rendía homenaje a éste último y no al real Márquez.

(Existió la voluntad de dejarse llevar por el éxtasis y el salvajismo al asignar a ese hombre las cualidades del Personaje que originaba una mágica conmoción).

José Márquez se convirtió en una leyenda.

Quién se asimiló a la oscuridad ahora se amoldaba al sol naciente.

Sus pequeñas anécdotas se hicieron mitos, sus sazonadas palabras fueron reverenciadas hasta alcanzar límites cercanos a la idolatría.

Su Personaje fue reconocido por su abnegación y valentía.

Y su desnuda determinación a penetrar en un terrorífico edificio en el que cualquier vigilante sujeto ni siquiera se aproximaría al umbral.

Ese gran reconocimiento pretendió ser general más allá de las conjeturas

o refutaciones de unos pocos.

De una solemne forma el hombre dejó de ser un simple escritor para pasar a ser su "Personaje".

Siguió al destino de los que (según los demás) crearon obras imperecederas que jamás se derrumbarán de la memoria colectiva, y ante los cuales la ciudadanía siempre se sentirá deudora.

En Márquez el Hombre y el Personaje pugnaron una dura batalla.

Y al final fue el último quién obtuvo la resplandeciente victoria cuándo varias décadas después de haber ingresado en la Persona, la destruyó.

O tal vez Márquez había entendido fútil e imposible separarse de su alter ego.

Fin